

LA GUERRA POR UN MUNDO QUE AÚN NO EXISTE

(PERO ESTAMOS CREANDO)



Lic. Emmanuel Napolitano

La guerra por un mundo que aún no existe

(pero estamos creando)

La inteligencia artificial apareció en un momento particularmente extraño de la historia. Mientras el orden internacional que conocimos comienza a mostrar sus límites, Estados Unidos intenta conservar la posición construida durante el último siglo, China acumula capacidades para disputarle espacios decisivos y otras potencias buscan un lugar propio en un sistema cuya próxima forma todavía no conocemos. La diferencia con la Guerra Fría del siglo XX es que esta competencia no se desarrolla entre dos bloques claramente separados: ocurre dentro de una economía profundamente interconectada y atraviesa semiconductores, energía, finanzas, datos, infraestructura y algoritmos. Ninguna de esas variables ha terminado de resolverse y, según cómo se combinen, podrían conducir hacia mundos muy diferentes. Quizás por eso la pregunta más importante no sea solamente quién tendrá más poder, sino qué significará tener poder en el mundo que está comenzando a formarse.

Hay momentos históricos en los que resulta relativamente sencillo reconocer las reglas del sistema internacional. Los actores pueden competir ferozmente, pero conocen el tablero sobre el cual lo hacen. En otros períodos, en cambio, comienzan a cambiar simultáneamente los jugadores, las reglas y algunos de los instrumentos mediante los cuales se ejerce poder. Es posible que estemos atravesando uno de esos momentos. El mapa internacional puede estar cambiando al mismo tiempo que cambian algunos de los instrumentos mediante los cuales producimos, acumulamos, interpretamos y ejercemos poder dentro de ese mapa.

Una inteligencia artificial dominada por un ecosistema tecnológico central no produciría el mismo mundo que una dividida entre dos grandes arquitecturas incompatibles. Tampoco sería equivalente a otro escenario en el que India, Europa, las potencias del Golfo y diferentes actores intermedios conservaran suficiente autonomía para impedir que el sistema se cerrara alrededor de Washington y Beijing. Incluso una misma innovación tecnológica puede reforzar la hegemonía existente, facilitar el ascenso de un competidor, distribuir capacidades entre nuevos actores o acelerar una fragmentación que ninguno consiga controlar.

Por eso conviene resistir una tentación frecuente: observar las tendencias actuales y proyectarlas como si necesariamente fueran a continuar. Las tendencias importan, pero también importan sus límites, las reacciones que generan y las decisiones que todavía no fueron tomadas. El futuro no llega como una prolongación automática del presente. Emerge de decisiones adoptadas bajo incertidumbre, de sus interacciones, de consecuencias no previstas y también de acontecimientos que los actores no controlan. Ningún gobierno, empresa o sociedad dispone de todas las variables, y precisamente por eso participar en la creación del futuro no equivale a poder diseñarlo.

Dos guerras frías que se parecen menos de lo que creemos

La expresión “nueva Guerra Fría” aparece cada vez que la competencia entre Estados Unidos y China se intensifica. La comparación es comprensible. Existen rivalidad estratégica, competencia tecnológica, disputas comerciales, modernización militar, conflictos por influencia y una creciente preocupación por la dependencia respecto del adversario. Pero utilizaré aquí esa expresión como una analogía analítica, no como la afirmación de que el sistema actual reproduzca la estructura bipolar que enfrentó a Estados Unidos y la Unión Soviética durante buena parte del siglo XX.

La Guerra Fría anterior terminó organizándose alrededor de dos polos con sistemas políticos, militares y económicos profundamente diferenciados. La OTAN y el Pacto de Varsovia ofrecían una expresión militar visible de esa separación, mientras la disuasión nuclear introducía una paradoja decisiva: ambos adversarios acumulaban capacidades extraordinarias precisamente porque utilizarlas podía destruir aquello que pretendían defender. La supervivencia dependía, en buena medida, de que cada lado creyera que el otro conservaría capacidad suficiente para responder incluso después de recibir un primer ataque.

Hoy el problema es distinto. Estados Unidos y China compiten dentro de redes que ambos necesitan. Comercian entre sí, participan de cadenas de suministro parcialmente compartidas, dependen de mercados internacionales comunes y forman parte de una economía mundial en la que resulta difícil separar completamente tecnología, capital, industria, energía y conocimiento. La anterior Guerra Fría se organizaba principalmente alrededor de bloques; la actual compite, en buena medida, dentro de redes que todavía conectan a sus propios adversarios.

Eso convierte al desacoplamiento en una variable estratégica y no simplemente comercial. Una separación profunda de cadenas tecnológicas podría acelerar la formación de ecosistemas incompatibles. Una separación parcial, en cambio, podría producir una interdependencia más selectiva: competencia en sectores considerados críticos y cooperación o comercio en otros. Si las restricciones generan sustitución tecnológica, nuevos proveedores y cadenas alternativas, las medidas diseñadas para conservar una ventaja pueden terminar modificando la estructura que hacía posible esa ventaja. El desacoplamiento no es, por lo tanto, solamente una política: su éxito o su fracaso puede contribuir a determinar qué clase de orden termina emergiendo.

Vista desde el presente, la Guerra Fría parece conducir inevitablemente hacia 1989 y 1991. Pero quienes tomaban decisiones en Washington, Moscú, Beijing, Bonn o París durante las décadas anteriores no conocían ese final. La crisis de los misiles, la ruptura sino-soviética, Vietnam, la apertura de Nixon hacia China, la crisis petrolera, la revolución iraní o la invasión soviética de Afganistán fueron modificando un sistema cuyo desenlace permanecía abierto. Esa secuencia nos parece inevitable sólo porque conocemos el final.

No estamos, entonces, regresando a 1962. Estamos entrando en una competencia cuya forma definitiva todavía no existe.

Kissinger entre dos mundos

Henry Kissinger dedicó buena parte de su obra a un problema que atraviesa épocas diferentes: cómo toman decisiones los Estados cuando la información es incompleta, los adversarios poseen capacidad para producir daños enormes y un error de interpretación puede alterar el sistema. En *Nuclear Weapons and Foreign Policy*, publicado en 1957, pensaba principalmente en armas nucleares, disuasión y estrategia. Décadas después, cuando comenzó a escribir sobre inteligencia artificial, el problema tecnológico había cambiado, pero permanecía una preocupación semejante por la relación entre conocimiento, decisión y poder.

Afirmar que Kissinger predijo exactamente el escenario internacional que observamos en 2026 sería atribuirle una precisión que sus textos no tienen. Lo interesante es otra cosa. En sus trabajos sobre inteligencia artificial, particularmente desde su ensayo de 2018 y luego junto con Eric Schmidt y Daniel Huttenlocher en *The Age of AI*, apareció una preocupación por sistemas capaces de encontrar patrones, producir recomendaciones y alcanzar resultados mediante procesos que las personas no siempre pueden reconstruir completamente. En *Genesis*, escrito con Schmidt y Craig Mundie, esa pregunta se extendió hacia las consecuencias políticas, estratégicas y filosóficas de convivir con sistemas que participan cada vez más en la producción y organización del conocimiento.

La vieja Guerra Fría necesitó construir mecanismos para interpretar señales, administrar la escalada y ganar tiempo antes de que una decisión equivocada resultara irreversible. La competencia tecnológica contemporánea puede obligarnos a resolver un problema semejante dentro de un entorno construido precisamente para procesar información y asistir decisiones cada vez más rápidamente.

La diferencia no es menor. Durante buena parte del siglo XX, uno de los problemas centrales era obtener suficiente información sobre el adversario. En el siglo XXI podemos enfrentarnos también al problema inverso: disponer de cantidades extraordinarias de información y depender crecientemente de sistemas artificiales para clasificarla, jerarquizarla e interpretarla.

La estrategia sólo tiene sentido cuando el futuro permanece abierto. Y precisamente por eso Kissinger funciona aquí mejor como puente que como profeta: conecta un mundo en el que el poder tecnológico estaba representado por la capacidad de destruir con otro en el que una parte creciente del poder puede encontrarse también en la capacidad de procesar, organizar y convertir información en decisión.

Cuando la información comienza a devolvernos la mirada

Durante siglos, información y poder estuvieron relacionados. Imperios, ejércitos, comerciantes y Estados construyeron redes para saber qué ocurría más allá de aquello que podían observar directamente. La imprenta aceleró la circulación del conocimiento; el telégrafo redujo dramáticamente las distancias; la radio permitió alcanzar poblaciones enteras; los satélites hicieron observable buena parte del planeta; internet convirtió la circulación de información en una infraestructura global.

La inteligencia artificial agrega otra capa. Ya no se trata solamente de transmitir información, almacenarla o encontrarla. Se trata de procesarla a una escala que supera ampliamente la capacidad humana individual, detectar patrones y convertir enormes cantidades de datos en recomendaciones, predicciones, clasificaciones o contenidos.

Esto puede alterar productividad, investigación científica, logística, inteligencia militar, mercados financieros, administración pública y educación. Pero la existencia de una tecnología no determina por sí sola sus consecuencias. Dos sociedades pueden incorporar herramientas semejantes y obtener resultados profundamente diferentes dependiendo de sus instituciones, capacidades educativas, infraestructura, organización económica y disposición social para adoptarlas.

Entre las grandes estructuras internacionales y las decisiones de gobiernos o empresas existe, por lo tanto, una dimensión que con frecuencia queda relegada en los análisis del poder: las sociedades. Los recursos materiales no se transforman automáticamente en capacidad estratégica y las tecnologías tampoco producen los mismos efectos allí donde son introducidas. Educación, demografía, confianza institucional, identidad, expectativas económicas, percepción de amenazas, migraciones, desigualdad, cultura política y disposición frente al cambio pueden facilitar o limitar la capacidad de un país para convertir recursos en acción.

Una sociedad capaz de formar y atraer talento, incorporar nuevas tecnologías, generar legitimidad alrededor de determinadas decisiones y sostenerlas durante períodos prolongados dispone de condiciones distintas de otra que, aun poseyendo recursos materiales semejantes, encuentra mayores dificultades para hacerlo. Una población numerosa puede constituir una ventaja, pero también puede convertirse en una carga si no existe capacidad para educarla, emplearla y aumentar su productividad. La inmigración puede incorporar conocimiento y capital humano, mientras su rechazo puede modificar los flujos de talento. Una tecnología técnicamente disponible puede difundirse rápidamente en una sociedad y encontrar resistencia en otra. La dimensión sociológica no reemplaza a la geopolítica: forma parte de las condiciones que hacen posible su ejercicio.

También existe una dimensión menos tangible. Las sociedades no responden solamente a capacidades materiales; responden a la forma en que las interpretan. Un Estado puede ser percibido como ascendente antes de haber alcanzado determinadas capacidades o como decadente mientras todavía conserva recursos extraordinarios. Esas percepciones pueden influir sobre inversiones, migraciones, alianzas, decisiones electorales y disposición a asumir riesgos. La realidad produce percepciones, pero las percepciones generan comportamientos y esos comportamientos pueden terminar modificando la realidad que inicialmente interpretaban.

La inteligencia artificial entra precisamente en ese espacio. Los algoritmos no necesitan controlar una sociedad para adquirir relevancia estratégica. Basta con que participen crecientemente en los sistemas mediante los cuales personas, empresas e instituciones buscan información, jerarquizan alternativas, asignan atención y toman decisiones. Esto no elimina la autonomía humana ni convierte cada recomendación algorítmica en una orden. Introduce, simplemente, una nueva mediación dentro del circuito que conecta información, percepción y acción.

La geografía escondida detrás de la inteligencia artificial

La expresión “inteligencia artificial” puede producir la ilusión de una tecnología casi inmaterial. Sin embargo, detrás de cada modelo existen centros de datos, redes eléctricas, cables submarinos, sistemas de refrigeración, servidores, minerales, fábricas de semiconductores y máquinas extraordinariamente complejas capaces de producirlos.

La revolución digital no está eliminando la geografía. Está creando nuevas geografías.

La Agencia Internacional de Energía estimó en 2026 que el consumo eléctrico de los centros de datos podría alcanzar aproximadamente 950 TWh en 2030, frente a aproximadamente 485 TWh en 2025. La magnitud debe interpretarse con cuidado: los centros de datos representan sólo una parte del crecimiento global de la demanda eléctrica, aunque en determinados países y regiones su peso puede ser considerable. La expansión de la inteligencia artificial, por lo tanto, no ocurre en un espacio virtual separado de la economía física. Necesita electricidad, redes, terrenos, equipamiento y capacidad para construirlos.

La Organización Mundial del Comercio ofrece otra medida de esa materialidad. Durante 2025, el comercio de bienes habilitadores de la inteligencia artificial —como semiconductores, procesadores y equipos de transmisión de datos— alcanzó aproximadamente 4,18 billones de dólares y creció un 21,9%. Aunque esos bienes representaron aproximadamente una sexta parte del comercio mundial, explicaron alrededor del 42% del crecimiento del comercio mundial durante ese año. La inteligencia artificial puede manifestarse como software en una pantalla, pero detrás de su expansión existe un movimiento extraordinario de semiconductores, servidores, equipos de telecomunicaciones y otros componentes físicos.

La inteligencia artificial necesita energía y la energía necesita infraestructura. Eso significa que la capacidad de generar electricidad de manera abundante, estable y competitiva puede convertirse en un componente de la competencia tecnológica. Países con capital pero con restricciones energéticas enfrentarán problemas diferentes de aquellos que poseen energía pero carecen de semiconductores, talento o ecosistemas empresariales capaces de utilizarla.

Algo semejante ocurre con los chips. Taiwán posee una posición extraordinaria en la fabricación de semiconductores avanzados; los Países Bajos concentran capacidades críticas mediante ASML y sus sistemas de litografía; Japón conserva posiciones relevantes en materiales y equipamiento; Corea del Sur participa en segmentos fundamentales de memoria y fabricación. Estados Unidos mantiene ventajas decisivas en diseño, software y propiedad intelectual, mientras China intenta reducir vulnerabilidades mediante inversión, sustitución y expansión de capacidades propias.

Esto puede describirse como una rematerialización del poder digital. Cuanto más importante se vuelve el procesamiento de información, más estratégicos se vuelven algunos de los recursos físicos necesarios para hacerlo posible.

Convertir electricidad, chips, centros de datos o capacidad computacional en poder requiere organizaciones y sociedades capaces de formar especialistas, absorber tecnología, coordinar inversiones y sostener durante años los costos de esa transformación. Una infraestructura técnicamente disponible puede permanecer subutilizada si el entorno institucional, empresarial o educativo no consigue incorporarla productivamente.

Tampoco sabemos cuál será el cuello de botella dominante dentro de diez años. Puede ser la electricidad, los chips avanzados, la maquinaria para fabricarlos, determinados materiales, la capacidad de construir centros de datos o incluso la disponibilidad de talento especializado. También es posible que mejoras de eficiencia reduzcan la presión sobre algunos de esos recursos y trasladen la restricción hacia otros puntos de la cadena.

Por eso no basta con contar recursos. Hay que observar la capacidad de convertirlos.

Podemos llamar capacidad de conversión estratégica a la aptitud de un actor para transformar recursos potenciales —materiales, humanos, financieros, tecnológicos o informacionales— en capacidades efectivamente utilizables y, finalmente, en acción. Una población enorme no garantiza innovación; grandes reservas financieras no producen automáticamente una industria; disponer de minerales no asegura controlar las tecnologías que los utilizan; una universidad excelente tampoco transforma por sí sola conocimiento en capacidad productiva.

El poder aparece cuando esas piezas pueden articularse. Y esa articulación depende tanto de los recursos disponibles como de las instituciones y sociedades capaces de convertirlos.

La pelea por construir la arquitectura

Estados Unidos conserva ventajas extraordinarias. Sus universidades, mercados de capitales, empresas tecnológicas, capacidad científica, alianzas internacionales y posición financiera forman un ecosistema difícil de reproducir. Según el AI Index Report 2026 de Stanford, la inversión privada estadounidense en inteligencia artificial alcanzó aproximadamente 285.900 millones de dólares durante 2025, frente a unos 12.400 millones en China. La diferencia es enorme, aunque debe interpretarse con cautela porque el peso del financiamiento estatal y de vehículos vinculados al sector público chino dificulta comparar ambos sistemas exclusivamente mediante inversión privada.

Estados Unidos continuó además produciendo más modelos de inteligencia artificial considerados notables que China durante 2025, mientras Beijing mostró otra clase de fortaleza al encabezar indicadores como volumen de publicaciones, citas y patentes. La fotografía, por lo tanto, no muestra simplemente a un líder y un perseguidor. Muestra dos sistemas con combinaciones diferentes de ventajas y vulnerabilidades.

Washington parece haber comprendido que la competencia no se resolverá únicamente dentro de sus fronteras. La Orden Ejecutiva 14320, del 23 de julio de 2025, destinada a promover la exportación del American AI Technology Stack, resulta particularmente reveladora porque no habla solamente de vender chips. Incluye servidores, aceleradores, almacenamiento, servicios de nube, redes, modelos, ciberseguridad y aplicaciones. El objetivo explícito es favorecer la adopción internacional de tecnología, estándares y modelos estadounidenses.

Eso permite observar una estrategia más amplia: competir por la arquitectura.

Un país que utiliza chips diseñados bajo determinados ecosistemas, aloja información en ciertas nubes, adopta modelos específicos, capacita trabajadores con determinadas herramientas y desarrolla empresas sobre esas infraestructuras puede conservar formalmente plena soberanía política y, al mismo tiempo, enfrentar costos crecientes si decide sustituir ese ecosistema.

Susan Strange utilizó el concepto de poder estructural para describir la capacidad de influir sobre las estructuras dentro de las cuales otros actores deben desenvolverse. La competencia tecnológica contemporánea permite recuperar esa pregunta bajo nuevas condiciones: no sólo quién posee determinadas capacidades, sino quién consigue participar en la construcción de los entornos dentro de los cuales otros producirán, intercambiarán información y tomarán decisiones.

Nada de esto implica que el Estado esté desapareciendo. Continúa concentrando las principales facultades de legislación, regulación, tributación, sanción y coerción legítima, además de capacidades para movilizar recursos que ninguna empresa posee de manera equivalente. Lo que cambia es el entorno dentro del cual ejerce esas facultades: algunas infraestructuras críticas para producir, almacenar y procesar información pertenecen o son administradas por actores privados cuya escala puede convertirlos en participantes relevantes de la competencia estratégica.

China intenta construir alternativas. Su Global AI Governance Action Plan, presentado en julio de 2025, propone cooperación internacional, desarrollo de infraestructura y participación de diferentes países en la gobernanza de la inteligencia artificial. Beijing combina ese discurso con políticas industriales destinadas a reducir vulnerabilidades en semiconductores, ampliar capacidad de cómputo y desarrollar modelos propios.

La competencia, por lo tanto, no consiste solamente en producir la mejor inteligencia artificial. Consiste en lograr que terceros construyan sobre una arquitectura determinada. Pero esa difusión tampoco depende exclusivamente de quien la ofrece: empresas, gobiernos, instituciones y sociedades pueden adoptarla, adaptarla, combinarla con otras soluciones, resistirla o sustituirla. La arquitectura puede generar condicionamientos, pero su alcance final depende también de quienes deciden habitarla.

Si un ecosistema consigue volverse difícil de sustituir, aparece una forma posible de hegemonía algorítmica. El concepto requiere cuidado. No significa control mental ni una capacidad misteriosa para dirigir sociedades a distancia. Describe una situación en la que determinadas infraestructuras, modelos, estándares y sistemas de procesamiento adquieren suficiente centralidad como para influir sobre las condiciones dentro de las cuales otros actores toman decisiones.

El poder no necesitaría presentarse siempre como una orden. Podría aparecer incorporado dentro de la arquitectura.

La concentración empresarial añade otra dimensión. Según UNCTAD, las cinco mayores multinacionales digitales pasaron de representar alrededor del 21% de las ventas globales del sector en 2017 a aproximadamente el 48% en 2025. Esto no demuestra que esas compañías controlen políticamente a los Estados ni que la concentración económica se traduzca automáticamente en obediencia. Sí muestra que una porción creciente de determinadas capacidades digitales se encuentra concentrada en un número reducido de empresas, aumentando potencialmente la importancia estratégica de las infraestructuras que administran y los costos de sustituirlas.

Pero la hegemonía algorítmica no es el destino del proceso. Es una de sus posibilidades. La proliferación de modelos abiertos, la interoperabilidad, la aparición de proveedores alternativos, el desarrollo de capacidades nacionales y la resistencia de gobiernos y sociedades a determinadas dependencias pueden reducir la capacidad de cualquier actor para cerrar el ecosistema alrededor de sí mismo.

El problema de un mundo que no quiere dividirse en dos

Si Estados Unidos y China fueran los únicos actores capaces de convertir recursos en poder tecnológico, la estructura futura sería relativamente sencilla de imaginar. Pero no lo son.

India constituye probablemente uno de los casos más importantes. Posee una población enorme, una industria tecnológica relevante, experiencia en servicios digitales, una diáspora altamente calificada y una política exterior que intenta preservar márgenes de autonomía. La IndiaAI Mission, aprobada inicialmente con el objetivo de ampliar capacidad de cómputo, datos, innovación y talento, fue acompañada posteriormente por una expansión mucho mayor de la infraestructura disponible: el gobierno indio informó en 2026 una capacidad de más de 38.000 GPU, frente al objetivo inicial de 10.000, dentro de una estrategia orientada a desarrollar un ecosistema integral de inteligencia artificial.

Al mismo tiempo, India coopera con Estados Unidos dentro del Quad y mantiene vínculos con Rusia, participa de BRICS y busca conservar una política exterior propia. Esa combinación hace que su trayectoria resulte particularmente importante: una India tecnológicamente dependiente de uno de los grandes ecosistemas contribuiría a reforzar la concentración; una India capaz de conservar capacidades propias ampliaría el espacio para configuraciones más distribuidas.

Europa enfrenta un problema diferente. Posee un mercado enorme, universidades, empresas industriales y capacidad regulatoria, pero presenta dependencias importantes en plataformas digitales, servicios de nube y determinados segmentos tecnológicos. El AI Act constituye un intento de convertir el tamaño del mercado europeo en capacidad normativa. La pregunta es si esa capacidad regulatoria podrá acompañarse con suficiente infraestructura, capital, energía y desarrollo tecnológico para evitar que Europa termine regulando sistemas contruidos fundamentalmente en otros lugares.

Japón, Corea del Sur, Taiwán y los Países Bajos ocupan posiciones decisivas dentro de cadenas industriales específicas. Las potencias del Golfo intentan convertir otra combinación de recursos — capital, energía y capacidad de inversión— en infraestructura computacional y tecnológica. Emiratos Árabes Unidos y Arabia Saudita desarrollan estrategias nacionales de inteligencia artificial que buscan aprovechar precisamente esa posibilidad.

Estos actores no poseen las mismas capacidades ni persiguen los mismos objetivos. Tampoco constituyen automáticamente un tercer bloque. Su importancia reside en otra cosa: pueden impedir que determinadas funciones del sistema queden concentradas completamente en una o dos potencias.

De allí surge la posibilidad de una multipolaridad funcional. No necesariamente un mundo compuesto por cinco superpotencias equivalentes, sino uno en el que diferentes actores concentran capacidades distintas: uno domina determinadas plataformas, otro la fabricación de chips, otro recursos energéticos, otro regulación, otro capital, otro mercados o talento.

Pero esa posibilidad depende de decisiones que todavía no fueron resueltas. Si los ecosistemas tecnológicos se cierran y obligan a elegir, el espacio para la autonomía puede reducirse. Si permanecen interoperables y aparecen proveedores alternativos, actores intermedios podrían conservar mayores márgenes de maniobra.

La autonomía, además, no depende solamente de poseer alternativas. Depende de cuánto cuesta utilizarlas.

Podemos hablar de dependencia cognitivo-algorítmica cuando un actor necesita sistemas externos para funciones crecientemente importantes de procesamiento, clasificación o decisión y sustituirlos resulta costoso. Esa dependencia puede ser débil si existen alternativas compatibles y migrar entre ellas es relativamente sencillo. Puede adquirir relevancia estratégica si reemplazar un sistema exige años de inversión, nueva infraestructura, personal especializado o acceso a tecnologías que el actor no controla.

Dependencia no significa obediencia. Mucho menos control. Significa que determinadas decisiones comienzan a tener costos de sustitución capaces de condicionar el margen disponible.

La disputa ya no alcanza solamente al mensaje y al canal que lo distribuye. Puede extenderse también hacia la arquitectura que contribuye a determinar qué información resulta visible, relevante o utilizable.

Cinco futuros caben todavía dentro del presente

Pensar prospectivamente no significa elegir cuál de las tendencias actuales nos resulta más convincente y proyectarla veinte años hacia adelante. Significa identificar variables cuya evolución todavía permanece abierta y observar qué combinaciones pueden producir configuraciones cualitativamente diferentes.

Los escenarios que siguen no son cinco pronósticos independientes ni categorías dentro de las cuales la realidad deba necesariamente encajar. Son combinaciones posibles de variables que ya existen: liderazgo estadounidense en inteligencia artificial, autonomía tecnológica china, capacidad de India y Europa para conservar márgenes propios, interoperabilidad entre ecosistemas, centralidad financiera del dólar, distribución de energía y cómputo, capacidad institucional de BRICS y aparición —o fracaso— de reglas internacionales mínimas.

La dimensión financiera continúa siendo una de esas variables. En el primer trimestre de 2026 el dólar representaba alrededor del 57% de las reservas internacionales declaradas al Fondo Monetario Internacional. Su centralidad sigue siendo considerable, aunque una parte de sus movimientos trimestrales puede responder a efectos de valoración cambiaria. Más que una cifra aislada, importa observar la trayectoria: si esa centralidad permanece estable, si retoma una trayectoria descendente o si mecanismos alternativos de pago y financiamiento comienzan a adquirir escala suficiente para modificar la arquitectura existente.

Un primer futuro podría ser una hegemonía estadounidense renovada. Ocurriría si Estados Unidos consigue convertir su actual ventaja en capital, modelos, empresas y alianzas en un ecosistema internacional suficientemente atractivo y difícil de sustituir. No sería necesariamente una reproducción de la hegemonía de 1991. Podría ser una hegemonía más tecnológica, apoyada en infraestructura digital, finanzas, propiedad intelectual, estándares y redes de aliados.

Un segundo futuro sería una bipolaridad tecnológica. Estados Unidos y China consolidarían arquitecturas parcialmente incompatibles, mientras terceros países serían presionados para elegir proveedores, estándares y redes. No necesariamente aparecerían dos bloques perfectamente

cerrados, pero los costos de operar simultáneamente dentro de ambos aumentarían. Si Washington conserva suficiente capacidad de coordinación y Beijing alcanza autonomía tecnológica suficiente para sostener un ecosistema alternativo, esta posibilidad ganaría plausibilidad.

Un tercer futuro podría adoptar la forma de una multipolaridad funcional. Estados Unidos y China seguirían siendo los actores principales, pero no conseguirían concentrar todas las capacidades decisivas. India, Europa, Japón, Corea del Sur, potencias energéticas y otros actores conservarían funciones suficientemente importantes como para impedir el cierre bipolar. El poder se distribuiría de manera desigual y por sectores.

Un cuarto futuro sería un multilateralismo tecnológico reformado. La competencia continuaría, pero los principales actores aceptarían reglas mínimas sobre seguridad, estándares, usos militares, interoperabilidad o gobernanza de inteligencia artificial. No eliminaría la rivalidad, del mismo modo que los acuerdos de control de armas no eliminaron la Guerra Fría. Introduciría mecanismos destinados a reducir algunos de sus riesgos.

Finalmente, existe la posibilidad de una fragmentación sistémica. En lugar de dos ecosistemas relativamente ordenados, podrían aparecer múltiples redes incompatibles, restricciones cruzadas, barreras comerciales, estándares divergentes y crecientes dificultades para coordinar respuestas internacionales. El resultado no sería necesariamente multipolaridad. Podría ser simplemente un sistema menos gobernable.

Entre esos futuros existen innumerables combinaciones híbridas. Estados Unidos podría conservar predominio financiero mientras pierde centralidad en algunos segmentos industriales; China podría alcanzar autonomía en determinadas tecnologías sin desplazar al ecosistema estadounidense; India podría convertirse en un polo tecnológico sin transformarse en superpotencia militar equivalente; Europa podría conservar enorme influencia regulatoria mientras continúa dependiendo de infraestructuras externas.

Las sociedades también pueden alterar cualquiera de esas trayectorias. Una potencia tecnológicamente avanzada puede perder capacidad de sostener políticas de largo plazo si aumenta la polarización interna, mientras otra puede encontrar límites en el envejecimiento demográfico, la fuga de talento, la desigualdad o la resistencia social a determinados cambios.

También habrá que observar si la difusión de la inteligencia artificial aumenta la productividad de manera relativamente extendida o si sus beneficios quedan concentrados en sectores, empresas, grupos y territorios capaces de absorberla. Una tecnología que produzca crecimiento pero simultáneamente amplíe fracturas sociales puede modificar legitimidad, regulación y comportamiento político, y esas respuestas pueden regresar posteriormente sobre la propia trayectoria tecnológica. La competencia internacional no ocurre por encima de las sociedades: atraviesa sociedades que poseen sus propias tensiones, expectativas y capacidades de adaptación.

Tener actores descontentos con el orden existente no equivale a tener un orden alternativo. BRICS puede expresar insatisfacción con diferentes componentes de la arquitectura internacional, pero transformar esa insatisfacción en un sistema alternativo exige instituciones, mecanismos financieros, infraestructura, tecnología, reglas y legitimidad capaces de funcionar de manera sostenida. El resultado dependerá menos de las declaraciones que de la capacidad para convertir preferencias compartidas en estructuras efectivas.

No elegir. Medir.

El error sería intentar decidir ahora cuál de esos cinco mundos “va a ocurrir”.

La prospectiva sirve precisamente para evitarlo.

En lugar de elegir un futuro, podemos observar qué variables comienzan a acumular evidencia, pero también en qué dirección se desplazan, a qué velocidad lo hacen y cómo interactúan entre sí. Si Estados Unidos convierte inversión en productividad y logra extender internacionalmente su ecosistema tecnológico, la hipótesis de una hegemonía renovada gana fuerza. Si China supera cuellos de botella críticos y consigue que terceros países adopten su infraestructura, aumenta la plausibilidad de una bipolaridad. Si India, Europa y otros actores conservan autonomía, la multipolaridad funcional se vuelve más probable. Si aparecen reglas internacionales aceptadas por competidores, el multilateralismo tecnológico gana espacio. Si aumentan incompatibilidades, restricciones y rupturas, la fragmentación comienza a adquirir mayor peso.

Pero las variables no evolucionan de manera independiente. Una restricción estadounidense sobre semiconductores puede incentivar inversión china; esa inversión puede modificar cadenas de suministro; la modificación puede aumentar la importancia de terceros países; esos países pueden aprovechar la competencia para obtener inversiones o preservar autonomía; y sus decisiones pueden alterar, a su vez, el costo del desacoplamiento para Estados Unidos y China.

El movimiento tampoco ocurre en una sola dirección ni exclusivamente entre Estados. La estructura internacional condiciona decisiones gubernamentales, empresariales y sociales, pero esas decisiones regresan sobre la propia estructura y pueden modificarla. Una guerra altera percepciones; las percepciones pueden modificar comportamientos electorales, migratorios o económicos; esos cambios pueden alterar gobiernos, inversiones y políticas públicas; y esas decisiones, acumuladas e interactuando con las de otros actores, terminan modificando alianzas, capacidades y equilibrios internacionales.

Algo semejante puede ocurrir con una fábrica de semiconductores, una política educativa, una inversión energética, una restricción comercial, la elección de un estándar tecnológico o la adopción acumulada de una nueva herramienta por millones de usuarios y organizaciones. Ninguna de esas acciones posee por sí sola capacidad para determinar el sistema, ni todos los actores pesan de la misma manera, pero sus efectos pueden acumularse, provocar respuestas y modificar las condiciones dentro de las cuales serán tomadas las decisiones siguientes.

Por eso el mundo por venir no está siendo diseñado desde un único centro. Está emergiendo de una circulación permanente entre estructuras, instituciones, empresas, sociedades e individuos; entre decisiones de enorme escala y millones de decisiones aparentemente menores; entre lo macro y lo micro y nuevamente hacia lo macro.

El “estamos” de ese proceso tampoco supone una distribución igual del poder. Una decisión tomada en Washington o Beijing puede alterar condiciones para millones de personas de una manera que ninguna decisión individual puede reproducir. Una empresa capaz de invertir decenas de miles de millones de dólares posee una capacidad causal diferente de la de un usuario que adopta una aplicación. Pero las diferencias de escala no eliminan las relaciones entre niveles. Las decisiones tomadas desde arriba modifican incentivos y comportamientos abajo; la acumulación de esos

comportamientos puede regresar hacia arriba en forma de mercados, movimientos migratorios, legitimidad, innovación, rechazo político o transformación cultural.

Estamos creando ese mundo, pero eso no significa que podamos diseñarlo: participamos en una trama de decisiones, restricciones, respuestas, contingencias y consecuencias no previstas cuyo efecto acumulado va cerrando algunas posibilidades mientras mantiene abiertas o fortalece otras.

Observar el futuro exige entonces algo más que seguir indicadores de poder material. Hay que mirar inversión en inteligencia artificial, capacidad de cómputo, consumo energético, fabricación de semiconductores, participación del dólar en reservas, comercio tecnológico, estándares, alianzas y desarrollo de ecosistemas alternativos, pero también demografía, educación, circulación internacional de talento, confianza institucional, aceptación social de nuevas tecnologías y capacidad política para sostener decisiones durante períodos prolongados.

La misma evidencia puede, por lo tanto, fortalecer un escenario y debilitar otro. Más importante todavía, una variable puede cambiar el efecto de otra. Una enorme inversión tecnológica tendrá consecuencias distintas dependiendo de la disponibilidad energética, el capital humano, la capacidad industrial y la aceptación social. Una ventaja demográfica tendrá efectos diferentes dependiendo de la educación y productividad. Una arquitectura tecnológica internacionalmente extendida será más poderosa si sustituirla resulta difícil y menos condicionante si existen alternativas interoperables.

La prospectiva se parece entonces menos a una bola de cristal que a un radar. No nos dice con certeza dónde estará cada actor dentro de veinte años. Nos permite observar posiciones, movimientos, velocidades, aproximaciones y cambios de trayectoria. Cada nueva señal modifica la imagen anterior.

La tarea no consiste en adivinar el futuro, sino en comprender qué futuros se vuelven más o menos plausibles a medida que cambia la realidad.

Eso obliga también a buscar evidencia contra nuestras propias hipótesis. Si creemos que el mundo avanza hacia una bipolaridad tecnológica, deberíamos poder identificar qué acontecimientos debilitarían esa interpretación. Si pensamos que la multipolaridad funcional está creciendo, necesitamos reconocer qué concentraciones de capacidad podrían revertirla. Una hipótesis que puede explicar cualquier resultado después de ocurrido sirve poco para anticipar cambios antes de que ocurran.

El mundo que todavía no existe va tomando forma de esa manera: no mediante una única decisión, ni bajo un único plan, ni por un solo actor, sino mediante millones de decisiones de peso profundamente desigual que se encuentran, compiten, se condicionan y generan consecuencias que vuelven a modificar el terreno sobre el cual serán tomadas las siguientes.

Quizás ésa sea la paradoja de nuestro tiempo. Nunca produjimos tanta información sobre nosotros mismos, nunca dispusimos de semejante capacidad para almacenarla y nunca tuvimos máquinas capaces de procesarla a esta escala; sin embargo, nada de eso garantiza que comprendamos mejor hacia dónde se dirige el mundo.

Tal vez por eso la pregunta decisiva no sea todavía quién gobernará el próximo orden mundial. Antes tendremos que comprender qué significará poseer poder dentro de él.

Sólo entonces podremos empezar a reconocer quién está realmente en condiciones de acumularlo.

Licenciado Emmanuel Napolitano

Conceptos, siglas y términos utilizados

AI Act. Reglamento de la Unión Europea que establece un marco jurídico para el desarrollo, comercialización y utilización de sistemas de inteligencia artificial según diferentes niveles de riesgo.

ASML. Empresa neerlandesa especializada en sistemas de litografía utilizados para fabricar semiconductores avanzados.

BRICS. Agrupación internacional originada por Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica y posteriormente ampliada con nuevos miembros. Es un espacio de cooperación y coordinación política y económica, no una alianza militar ni un bloque homogéneo.

Capacidad computacional o cómputo. Recursos de procesamiento disponibles para entrenar, ejecutar y utilizar sistemas informáticos y modelos de inteligencia artificial.

Capacidad de conversión estratégica. Categoría utilizada en este artículo para describir la aptitud de un actor para transformar recursos materiales, humanos, financieros, tecnológicos o informacionales en capacidades utilizables y, finalmente, en acción.

Desacoplamiento. Proceso mediante el cual dos economías reducen sus dependencias recíprocas, especialmente en sectores considerados estratégicos.

Dependencia cognitivo-algorítmica. Categoría utilizada aquí para describir situaciones en las que un actor depende de sistemas externos para funciones relevantes de procesamiento, clasificación o asistencia a decisiones y enfrenta costos significativos para sustituirlos.

Hegemonía algorítmica. Posibilidad analítica en la que determinadas infraestructuras, modelos, estándares y sistemas de procesamiento alcanzan suficiente centralidad como para influir sobre las condiciones dentro de las cuales otros actores operan. No implica control automático sobre ellos.

Interoperabilidad. Capacidad de sistemas, plataformas o infraestructuras diferentes para comunicarse o funcionar conjuntamente sin pertenecer necesariamente al mismo ecosistema.

Litografía. Conjunto de procesos utilizados para imprimir patrones extremadamente pequeños sobre materiales semiconductores durante la fabricación de chips.

Multipolaridad funcional. Configuración posible en la que diferentes capacidades estratégicas se encuentran distribuidas entre varios actores, sin que necesariamente existan varias superpotencias equivalentes.

Prospectiva. Disciplina orientada a explorar futuros posibles mediante tendencias, incertidumbres, variables críticas, bifurcaciones y escenarios, sin reducir el análisis a una predicción única.

Quad. Foro de cooperación estratégica integrado por Estados Unidos, India, Japón y Australia. No constituye una alianza militar formal equivalente a la OTAN.

Rematerialización del poder digital. Concepto utilizado en este artículo para señalar que la expansión de capacidades digitales incrementa la importancia estratégica de infraestructuras físicas como energía, semiconductores, centros de datos, redes y equipamiento.

Semiconductor. Material utilizado para fabricar componentes electrónicos, particularmente chips y procesadores fundamentales para sistemas digitales y de inteligencia artificial.

Stack tecnológico. Conjunto de capas necesarias para construir y operar un ecosistema tecnológico: hardware, chips, servidores, redes, servicios de nube, software, modelos, aplicaciones e infraestructuras asociadas.

TWh. Teravatio-hora, unidad utilizada para medir grandes cantidades de energía eléctrica. Un TWh equivale a mil millones de kilovatios-hora.

Fuentes documentales y estadísticas

International Energy Agency. (2026). Key Questions on Energy and AI. París: IEA.

International Monetary Fund. (2026). Currency Composition of Official Foreign Exchange Reserves (COFER), First Quarter 2026. Washington, D. C.: IMF.

Government of India, Press Information Bureau. (7 de marzo de 2024). Cabinet Approves Ambitious IndiaAI Mission to Strengthen the AI Innovation Ecosystem. Nueva Delhi.

Government of India, Press Information Bureau. (10 de febrero de 2026). Democratising AI in India: Expanding Access to AI Resources, Skills, and Technology Nationwide. Nueva Delhi.

Stanford Institute for Human-Centered Artificial Intelligence. (2026). AI Index Report 2026. Stanford University.

United Nations Conference on Trade and Development. (2025). Global Trade Update (July 2025): Global Trade Endures Policy Changes and Geoeconomic Risks. UNCTAD/DITC/INF/2025/5. Ginebra: UNCTAD.

World Trade Organization. (2026). Global Trade Outlook and Statistics – March 2026. Ginebra: WTO.

European Union. (2024). Regulation (EU) 2024/1689 of the European Parliament and of the Council laying down harmonised rules on artificial intelligence (Artificial Intelligence Act). Official Journal of the European Union.

Executive Office of the President of the United States. (23 de julio de 2025). Executive Order 14320: Promoting the Export of the American AI Technology Stack. Washington, D. C.

Ministry of Foreign Affairs of the People's Republic of China. (26 de julio de 2025). Global AI Governance Action Plan.

United Arab Emirates Government. (2017). UAE Strategy for Artificial Intelligence.

Saudi Data and Artificial Intelligence Authority. (2020). National Strategy for Data & AI.

Bibliografía conceptual

Farrell, H., & Newman, A. L. (2019). “Weaponized Interdependence: How Global Economic Networks Shape State Coercion”. *International Security*, 44(1), 42–79.

Farrell, H., & Newman, A. L. (2023). *Underground Empire: How America Weaponized the World Economy*. Nueva York: Henry Holt and Company.

Godet, M. (2006). *Creating Futures: Scenario Planning as a Strategic Management Tool*. París: Economica.

Kissinger, H. A. (1957). *Nuclear Weapons and Foreign Policy*. Nueva York: Harper & Brothers.

Kissinger, H. A. (2018). “How the Enlightenment Ends”. *The Atlantic*.

Kissinger, H. A., Schmidt, E., & Huttenlocher, D. (2021). *The Age of AI: And Our Human Future*. Nueva York: Little, Brown and Company.

Kissinger, H. A., Schmidt, E., & Mundie, C. (2024). *Genesis: Artificial Intelligence, Hope, and the Human Spirit*. Nueva York: Little, Brown and Company.

Miller, C. (2022). *Chip War: The Fight for the World’s Most Critical Technology*. Nueva York: Scribner.

Schwartz, P. (1991). *The Art of the Long View*. Nueva York: Doubleday.

Strange, S. (1988). *States and Markets*. Londres: Pinter Publishers.